


Políticas de interculturalidad¹

Por Jesús Martín Barbero


Universidad Javeriana, Bogotá


Para visualizar la envergadura cultural de los procesos de globalización nada mejor que otorgar la palabra a sus ideólogos. En la edición de la segunda semana de septiembre de 1998, la revista *Newsweek* veía así la primera crisis sufrida por la llamada “nueva economía” o economía informacional: “Sucede que el capitalismo no es sólo un sistema económico, es también un conjunto de valores culturales que enfatiza la virtud de la competencia, la legitimidad de las ganancias y el valor de la libertad. No obstante, esos valores no son universalmente compartidos. De ahí que la propagación del capitalismo no sea un simple ejercicio de ingeniería económica, es un ataque a la cultura y la política de otras naciones que casi asegura un choque”. Lo estratégico de esas palabras es que nos ponen a pensar las *ambigüedades* y *tensiones* de la relación actual entre la economía y la cultura, ya que más estructuralmente entrelazadas que nunca ello no significa sin embargo que sus trayectorias sean confundibles, y menos aún asimilables. ¿Cómo pensar la envergadura de los cambios que la globalización produce en nuestras sociedades sin quedar atrapados en la ideología que orienta y legitima su actual curso? Y entonces, ¿cómo escapar a la visión que hace de la globalización la última gran utopía de la convivencia humana sin caer en lo opuesto:

su absoluta identificación con una terrorífica homogenización cultural?

El más crucial aporte de Arjun Appadurai (2001) reside justamente en afirmar que los flujos financieros, los procesos culturales y los de derechos humanos, se producen en un movimiento de vectores *que hasta ahora fueron convergentes por su articulación en el estado nacional, pero que en el espacio de lo global se transforman en vectores de disyunción*. Es decir aunque son coetáneos e isomorfos en cierto sentido, esos movimientos potencian hoy sus diversas temporalidades con los muy diversos ritmos que los cruzan en muy diferentes direcciones. Lo que constituye un desafío colosal para unas ciencias sociales que todavía siguen siendo profundamente monoteístas, esto es, creyentes de que hay un único principio organizador y comprensivo de todas las dimensiones y procesos de la historia. Claro que entre esos movimientos hay articulaciones estructurales, pero la globalización no es un paradigma ni un proceso, sino múltiples procesos que si se entrecruzan es, precisamente, porque se mueven en direcciones muy distintas.

Lo que viene a agravar la desazón que atraviesa la *situación cultural* en el mundo hoy es la creciente conciencia del valor de la *diferencia*, del *pluralismo* y la *diversidad*, en el plano de las civilizaciones y las culturas étnicas, locales y de género, que se ve distorsionada y minada por un poderoso movimiento de *uniformación de los imaginarios cotidianos* en los modelos de cuerpo y las expectativas de éxito social, en las modas del vestir y los gustos musicales, en las narrativas con mayor público en el cine, la televisión y el videojuego, etc. Esa situación se traduce en un haz de tensiones que sólo puede producir creatividad social en la medida en que las lógicas del mercado no aplasten en los ciudadanos la *capacidad de diferenciar* entre lo valioso culturalmente y lo exitoso comercialmente. No se trata de oponer sino de diferen-



1 Ponencia presentada en el FORUM MUNDIAL sobre Comunicación y Diversidad. Barcelona, agosto de 2004.

ciar, ya que en lo comercial pueden encontrarse productos culturalmente valiosos y viceversa: algunas de las mejores creaciones cinematográficas o musicales han resultado, a la vez, producciones comercialmente exitosas.

El eje de este debate crucial pasa por la profunda relación entre la *defensa* de la diversidad cultural de las comunidades, ya sean civilizaciones, etnias o culturas locales, y la *conciencia ciudadana* del derecho a la diferencia en la vida cotidiana. Pero la viabilidad social de ambas se halla en unos *marcos regulatorios de alcance a la vez mundial y local*, que son los dos espacios estratégicos en que se mueven hoy tanto la economía como la cultura, y que sólo podrán salir de una *negociación* entre los actores públicos, privados e independientes, tanto del ámbito nacional como -y por sobre todo- del ámbito global y local. Esta es la perspectiva que sostiene la reflexión que sigue: la comprensión de lo nacional no se produce *aislándolo* de las heterogéneas realidades del afuera y del adentro sino *insertándose en* (pensando desde) la trama, cada día más densa y decisiva, que entreteje lo local con lo mundial.

1. Estado y Cultura

Lo que desde Latinoamérica se visibiliza hoy con más fuerza es un *creciente divorcio entre Estado y sociedad* que compromete la sostenibilidad de su desarrollo en cualquiera de los ámbitos, y muy especialmente en el cultural. Las políticas neoliberales en su globalización agravan las tensiones entre un Estado convertido en intermedio de los mandatos del FMI, el BM y la OMC, y una sociedad cada día más desigual y excluyente, con porcentajes crecientes de población por debajo de los niveles de pobreza, y con millones de personas obligadas a emigrar hacia EE.UU o Europa. Al erigirse en agente organizador de la sociedad en su conjunto, el mercado está redefiniendo en

nuestros países la propia misión del Estado, y lo hace mediante una *reforma administrativa* con la que, a la vez que se le marcan metas de *eficacia* -cuyos parámetros, eminentemente cuantitativos e inmediatistas, provienen del paradigma empresarial privado- se le *des-centraliza*, pero no en el sentido de un profundizamiento de la democracia sino en el de su debilitamiento como actor simbólico de la cohesión nacional.

Pero junto, y frente, a ese oscuro horizonte económico-político emerge *el proceso de la cultura en las sociedades latinoamericanas* (García Canlini, 2002) -desde las indígenas a las juveniles urbanas, pasando por algunas industrias culturales-, constituyéndose en un ámbito crucial de recreación del sentido de las colectividades, de reinención de sus identidades, de renovación de los usos de sus patrimonios con su reconversión en recurso económico, y en espacio de articulación productiva de lo local y lo global. Aun en medio de los más brutales procesos de recesión económica, de inequidad y exclusión, nuestras sociedades viven, también a su manera, las transformaciones mundiales que asocian un nuevo modo de producir a un nuevo modo de comunicar que, como afirma Manuel Castells (2001), *convierte a la cultura -la humana facultad de procesar símbolos- en una fuerza productiva directa*. De allí que, si por un lado la revolución tecnológica de las comunicaciones agrava *la brecha* de las desigualdades entre sectores sociales, entre culturas y países, por otro moviliza también la *imaginación social* de las colectividades, potenciando sus capacidades de supervivencia y de asociación, de protesta y de participación democrática, de defensa de sus derechos sociopolíticos y culturales, y de activación de su creatividad expresiva.

Las relaciones del Estado con la cultura se hallan también crecientemente mediadas por lo que *la reducción del Estado*, exigida por la política neoliberal, implica de achicamiento de los recursos

económicos públicos y la tendencia estatal a recortar los destinados a la cultura, *por no considerar a ésta ni prioritaria en el plano de las demandas sociales, ni rentable en términos productivos, ni estadísticamente significativa para sus intereses electorales* (Ruiz Dueñas, 2000). En los últimos años, la multiplicación de gobiernos neo-populistas dibuja un futuro de políticas culturales implorativas, esto es, de retorno al patrimonialismo y al paternalismo que dedican los pocos recursos a aquellos ámbitos de la actividad cultural *conservadora* en su más perverso sentido; aquel en el que conservar significa a la vez inmovilizar y cooptar, separar artificialmente las prácticas y expresiones culturales de los cambios que atraviesa la sociedad, y condicionarlos a la legitimación de un nacionalismo trasnochado y excluyente para con la heterogeneidad cultural de los países. Replegado sobre *un patrimonialismo del pasado*, el conservatismo cultural populista le deja sin remilgos al mercado de las industrias culturales el presente y el futuro, es decir, todo lo que culturalmente implique innovación y riesgos.

Pero frente al conservatismo de los gobiernos - que esquizofrénicamente profesan una concepción populista de la identidad nacional con un pragmatismo radical para insertarse en los procesos de globalización económica y tecnológica- cada día más comunidades culturales en Latinoamérica alientan procesos que van en una dirección muy distinta: aquella que sin esconder los riegos y contradicciones del presente los asume, pues sólo con ellos puede construir futuro. De esto hay muestras patentes en las comunidades indígenas, en sus procesos de *apropiación* de los cambios que presentan las fiestas o las artesanías, y a través de los cuales las comunidades se apropian de una economía que las agrede, o de una jurisprudencia que las estandariza, para seguir trazando puentes entre sus memorias y sus utopías. Así lo demuestran la diversificación y el desarrollo de la

producción artesanal, en una abierta interacción con el diseño moderno y con ciertas lógicas de las industrias culturales; el desarrollo de un derecho consuetudinario indígena, cada día más abiertamente reconocido por la normatividad nacional e internacional y la existencia creciente de emisoras de radio y televisión, programadas y gestionadas por las propias comunidades. O las jóvenes comunidades urbanas que responden a nuevos modos de *estar juntos*, a culturas que por estar ligadas a estrategias del mercado transnacional de la televisión, del disco o del video, no pueden ser subvaloradas en lo que ellas implican de nuevos modos de percibir y de narrar la identidad.

Y, en el cruce de las nuevas condiciones globales en que funciona el Estado con la dinámica cultural de las sociedades, se configuran dos *escenarios estratégicos*: el de la integración regional y el del descentramiento de lo nacional (Bayardo y Laccarrieu, 1997; Mato, 2001, 2003). Las contradicciones latinoamericanas que atraviesan y sostienen su globalizada integración desembocan así decisivamente en la pregunta por el peso que las industrias culturales están teniendo en ese proceso, ya que las industrias culturales juegan en el terreno estratégico de *las imágenes que de sí mismos se hacen estos pueblos, y con las que se hacen reconocer por los demás*. Al obedecer casi únicamente al interés privado, la integración latinoamericana que dinamizan las industrias culturales se ve lastrada por un movimiento creciente de neutralización y borramiento de las señas de identidad regionales y locales, que responde a la acelerada conformación y reforzamiento de poderosos conglomerados multimediales y transnacionales que manejan a su antojo y conveniencia, en unos casos, la defensa interesada del proteccionismo sobre la producción cultural nacional y, en otros, la apología de los flujos globales. Y en ese complejo cuadro de tensiones los Estados no parecen percibir su papel decisivo: concentradas en



preservar patrimonios y promover las artes de elite, las políticas culturales de los Estados continúan desconociendo regionalmente la importancia de las industrias audiovisuales y electrónicas en la cultura cotidiana de las mayorías, y la estratégica necesidad de un mercado audiovisual e informático iberoamericano. Ancladas en una concepción básicamente preservacionista de la identidad, y en una práctica desarticulación con respecto a lo que hacen las empresas y los grupos independientes, en ese "tercer sector" cada día más denso, las políticas públicas continúan siendo mayoritariamente cómplices del empobrecimiento de la producción endógena y de la desigual segmentación de los consumos culturales.

2. Identidades y Flujos

La globalización exaspera y alucina las identidades básicas, las identidades que echan sus raíces en los tiempos largos. Lo que hemos visto en Sarajevo y Kosovo es eso: una alucinación de las identidades que luchan por ser reconocidas, pero cuyo "reconocimiento" se halla peligrosamente ligado a la tendencia de encerrarse sobre sí mismas. También en los países democráticos se produce actualmente una fuerte exasperación de las identidades, como la que se manifiesta en el trato de enemigo que los ciudadanos de los países ricos dan a los inmigrantes llegados del "sur". Como si al caerse las fronteras, que durante siglos demarcaron los diversos mundos, las distintas ideologías políticas y los diferentes universos culturales -por acción conjunta de la lógica tecnoeconómica y la presión migratoria- hubieran quedado al descubierto las contradicciones del discurso universalista del que tan orgulloso se ha sentido Occidente. Y entonces cada cual, cada país o comunidad de países, cada grupo social, y hasta cada individuo, necesitará conjurar la amenaza que significa la cercanía del otro, de los otros, en todas sus formas

y figuras, rehaciendo la exclusión no sólo en la forma de *fronteras* sino de *distancias* que vuelvan a poner "a cada cual en su sitio".

Claro que en la profunda ambigüedad del revival identitario no habla sólo la revancha, ahí se abren camino otras voces alzadas contra viejas exclusiones, y si el inicio de muchos movimientos identitarios es de reacción y aislamiento también lo es su funcionamiento como espacios de memoria y solidaridad, y como lugares de refugio en los que los individuos buscan una *tradicón moral* desde la que se proyectan alternativas comunitarias y libertarias, capaces incluso de revertir el sentido mayoritariamente excluyente que las redes tecnológicas tienen para las mayorías, transformándolas en potencial de enriquecimiento social y personal.

Entender esta *transformación en la cultura* nos está exigiendo asumir que *identidad* significa e implica hoy dos dimensiones diametralmente distintas, y hasta ahora radicalmente opuestas. Hasta hace muy poco decir identidad era hablar de *raíces, de raigambre, de territorio* y de tiempo largo, de memoria simbólicamente densa. De eso, y solamente de eso, estaba hecha la identidad. Pero decir identidad hoy implica también -si no queremos condenarla al limbo de una tradición desconectada de las mutaciones perceptivas y expresivas del presente- hablar de migraciones y movi- lidades, de *desanclaje e instantaneidad, de redes y flujos*. Antropólogos ingleses han expresado esa nueva identidad a través de la espléndida imagen de *moving roots, raíces móviles* o, mejor, *raíces en movimiento*. Para mucho del imaginario substancialista y dualista que todavía permea la antropología, la sociología y hasta la historia como disciplinas, esa metáfora resultará inaceptable, y sin embargo en ella se vislumbran algunas de las realidades más fecundamente desconcertantes del mundo que habitamos. Pues, como afirma el antropólogo catalán Eduard Delgado (2000), "sin raíces no se puede vivir, pero muchas raíces impiden caminar".



El nuevo imaginario relaciona la identidad menos con esencias y mucho más con trayectorias y relatos, para lo cual la polisemia en castellano del verbo *contar* se torna largamente significativa. *Contar* significa tanto narrar historias como ser tenidos en cuenta por los otros. Lo que entraña que para ser reconocidos necesitamos contar nuestro relato, pues no existe identidad sin narración ya que ésta no es sólo expresiva sino constitutiva de lo que somos². Para que la pluralidad de las culturas del mundo sea políticamente tenida en cuenta es indispensable que la diversidad de identidades pueda ser contada, narrada; tanto en cada uno de sus *idiomas* como en el *lenguaje multimedial* que hoy los atraviesa mediante el doble movimiento de las *traducciones* -de lo oral a lo escrito, a lo audiovisual, a lo hipertextual- y de las *hibridaciones*, esto es, de una interculturalidad en la que las dinámicas de la economía y la cultura-mundo movilizan no sólo la heterogeneidad de los grupos y su readecuación a las presiones de lo global sino la coexistencia al interior de una misma sociedad de códigos y relatos muy diversos, conmocionando así la experiencia que hasta ahora teníamos de identidad. Lo que la globalización pone en juego no es sólo una mayor circulación de productos sino una rearticulación profunda de las relaciones entre culturas y entre países, mediante una descentralización que concentra el poder económico y una des-territorialización que hibrida las culturas.

Lo complicado de la estructura narrativa de las identidades es que hoy en día ésta se halla enttejida a una diversidad de lenguajes, códigos y medios que, si de un lado son hegemonizados y rentabilizados por lógicas de mercado, del otro, abren posibilidades de subvertir esas mismas lógicas a partir de las dinámicas y los usos sociales que del arte y de la técnica llevan a cabo las redes culturales. Por más que los apocalípticos -del último Popper a Sartori- atronen con sus lúgubres trom-

petas nuestros ya fatigados oídos, la verdad es que la densidad de las visualidades y sonoridades de las redes no responde sólo a los intereses del mercado, y a una supuesta “decadencia moral”, sino que son también el lugar de emergencia de un nuevo tejido social y de un nuevo espacio público. Ahí está el Foro Social-Mundial de Porto Alegre subvirtiendo el sentido que el mercado capitalista quiere dar a Internet, y contándonos por esa misma red los extremos a que está llegando la desigualdad en el mundo. Mientras Microsoft y otros buscan monopolizar las redes, montones de gente, que conforman en sí mismas una minoría estadística para la población del planeta, constituyen también una voz disidente con presencia mundial, cada día más incómoda al sistema y más aglutinante de luchas y búsquedas sociales, de puesta en común de experiencias sociales, artísticas y políticas.

3. Tecnicidades y políticas

La posibilidad de comprender la envergadura de las actuales transformaciones tecnológicas pasa, paradójicamente, por la no reducción de los cambios socioculturales a su dimensión tecnológica, dejando por fuera lo que socialmente se produce, esto es, como si todo lo demás fuera mero efecto de lo técnico. Pues lo que la presencia de las TIC (Tecnologías de Información y Comunicación) está produciendo hoy a lo largo y ancho del mundo no es comprensible, ni proyectable políticamente, más que a partir de una *visión integral* capaz de ubicar *los efectos* y *las potencialidades* de las tecnologías en el entorno de *los procesos* de desarrollo económico-social y de las prácticas de participación democrática. Movidas y orientadas exclusivamente -durante los años 90- por el sector de los grandes conglomerados económicos, las TIC han tomado en los países más ricos un rumbo radicalmente diferente al de la inmensa



2 Puede consultarse al respecto: Homi K. Bhabha (ed.), *Nation and narration*, Routledge, Londres, 1977 y José Miguel Marinas, “La identidad contada”, en *Destinos del relato al fin del milenio*, Archivos de la Filmoteca, Valencia, 1995.

mayoría de países que conforman el mundo empobrecido y subdesarrollado de Latinoamérica, África, y Asia: actualmente casi el 70% de los usuarios de redes digitales reside en los Estados Unidos y Europa; al mismo tiempo que en los países más grandes y económicamente fuertes del mundo pobre las oportunidades de conectarse a las redes ofrecen el índice de desigualdad más brutal. Así, según proyecciones de la CEPAL, "en el año 2004 el grupo de ingresos más altos en Brasil alcanzaría una tasa de conectividad del 82%, mientras que la tasa nacional sería de sólo 12%"³. La "brecha digital" es en realidad *una brecha social*, es decir, no remite a un mero efecto de la tecnología digital sino a una organización de la sociedad que impide a la mayoría acceder y apropiarse, tanto física como económica y mentalmente, de las TIC.

Lo anterior, sin embargo, no puede impedirnos asumir el hecho de que *la información* se ha convertido en un nuevo *paradigma de organización de la sociedad* que constituye hoy el *valor agregado* por antonomasia, ya sea:

- Incorporada a *los productos* en su composición material, en su "forma" o en su transformación genética,
- Incorporada a *los procesos* de producción en la "fábrica flexible" que organiza los flujos informacionales de invención, programación y evaluación, en la circulación de las mercancías y la función del marketing,
- Convertida *ella misma en producto* que se halla en la base de la llamada "economía informacional": el mercado de bienes digitales que enlaza, cada día más velozmente, la producción con la circulación de conocimiento y de cultura.

Pero esa hipervaloración de la información no puede ser apreciada en su justo valor si no se la conecta, a la vez, con la *devaluación* que sufren hoy los saberes tradicionales no informatizables, con las formas de trabajo "informales" (o sea que

no son o no están informadas); con las estrategias campesinas de supervivencia, las experiencias de vida en los inmigrantes, la memoria cultural de los ancianos, etc.; y con el surgimiento de *nuevos derechos* de los ciudadanos, que van del *acceso a la información* -no sólo como receptores sino también como productores- al derecho a *un flujo equilibrado de información* entre regiones del mundo y entre países de una misma región, como Latinoamérica. El reconocimiento de esos nuevos derechos tiene en la base *el valor que el conocimiento ha adquirido* en la "sociedad-red" como *bien público primordial*: "Se trata de una sociedad en la que las condiciones de generación de conocimiento y procesamiento de información han sido sustancialmente alteradas por una revolución tecnológica centrada sobre el procesamiento de información, la generación del conocimiento y las tecnologías de la información. Esto no quiere decir que la tecnología sea lo que determine sino que se constituye un paradigma de nuevo tipo en el que todos los procesos de la sociedad, de la política, la guerra, la economía, pasan a verse afectados por la capacidad de procesar y distribuir información de forma ubicua en el conjunto de la actividad humana" (Castells, 2001).

A su vez, ese nuevo paradigma alienta un proceso de conversión del *conocimiento* en *tecnociencia* que impulsa una creciente hiperespecialización de los saberes y la conversión de la investigación científica en ingrediente altamente estratégico del *complejo technoindustrial*: desde el estudio del genoma humano hasta la producción de transgénicos, la investigación moviliza hoy gigantescos capitales de empresas globales que alientan la complicidad entre investigación científica y operación comercial. El derecho de los ciudadanos a *la comunicación pública del conocimiento* se torna aún más decisivo en las nuevas condiciones de hegemonía tecnológica del saber y de las presiones mercantiles sobre el proceso mismo de su produc-

³ Ver al respecto: <http://www.cepal.cl/publicaciones/DesarrolloProductivo/1/LCG2195Rev1P/Lc-g2195e2.pdf>

ción y circulación. Lo que se busca salvaguardar es, al mismo tiempo, el derecho a que la sociedad pueda seguir contando con ese *otro conocimiento* que proviene de los saberes de *experiencia social*, y el derecho a que todo lo que concierne a las opciones y decisiones sobre desarrollo e inversión en investigación científica y tecnológica pueda ser objeto de información y debate públicos.

Un somero diagnóstico nos da las siguientes tendencias como rasgos predominantes:

- Como en ningún otro campo, en el del desarrollo tecnológico de las comunicaciones, la ausencia mediadora del Estado ha dejado ya efectos especialmente perniciosos. Pues la reconfiguración del Estado impuesta por la globalización les ha hecho pasar de unas políticas *legalistas y voluntaristas* en comunicación y cultura -las de los años setenta y ochenta- a *la más pura y dura desregulación*, que deja libre al mercado para marcar las lógicas y las dinámicas de la transformación de los medios de comunicación y las tecnologías informáticas. Y esto tiene un agravante: mientras eso sucede en el plano de los grandes medios, el Estado regula hasta el extremo a las pequeñas emisoras de radio y televisiones locales y comunitarias, multiplicando las trabas legales a su funcionamiento y expansión.

- Esa desregulación se ha traducido en una *ausencia casi completa de políticas públicas* -tanto en el ámbito nacional como en el latinoamericano-, en la implantación y orientación de las nuevas TIC durante los años 90, y solamente en los últimos dos años comienzan a aparecer iniciativas públicas que van más allá de la mera repartición política y del aprovechamiento económico de las frecuencias en telefonía móvil o en las de banda ancha.

- El desarrollo de las redes digitales se halla, además, marcado todavía en Latinoamérica por una concepción altamente *instrumental* -esto es, no cultural ni ciudadana- que está impidiendo in-

sertarlas en los planes de desarrollo nacional y de democratización local, ignorando así que lo que hay que privilegiar no son las tecnologías de punta sino aquellos tipos de servicios que mejor respondan a las necesidades de las colectividades locales, y potencien en mayor grado su creatividad cultural que es lo que puede reforzar los lazos comunitarios.

- La poca o nula interacción de la *escuela pública* con los actuales desarrollos de las tecnologías digitales, que están reconfigurando profundamente tanto los modos de producción y de circulación del conocimiento y de los aprendizajes, como los mapas laborales y profesionales. Pues los cambios más profundos que acarrea la sociedad de la información tienen justamente que ver con transformaciones en las condiciones de existencia del trabajador y en el nuevo sentido del trabajo, ambos ligados estrechamente al campo de la educación: nuevas destrezas mentales requeridas por los nuevos oficios, nuevas modalidades de aprendizaje formales y no formales, nuevas formas de relación entre trabajo y juego, entre el espacio doméstico y el lugar de trabajo.

A partir de este somero diagnóstico pensamos que las mutaciones culturales que entrañan los *cambios en la comunicación y la información* exigen de nuestros países la construcción de un nuevo *pacto social*, ya que lo que ahí está en juego son nuevos *modelos de sociedad*. Lo que quiero decir es que éste se ha convertido en un ámbito primordial de acción pública, y por lo tanto no puede ser parte de las políticas coyunturales de un gobierno sino que debe ser parte de una verdadera *política de Estado* a largo plazo. Para esto, se hace necesario que los Estados asuman que la Información y la Comunicación configuran hoy un sector de los *Servicios Públicos* tan estratégico socialmente como la salud y la educación, y así debería empezar aparecer en los documentos de política nacional, con nombre propio, el de *Servicio*



Público de Información y Comunicación.

La implementación de ese nuevo *Servicio Público* debe ser conducida por los gobiernos en estrecha coordinación con la empresa privada y la sociedad civil, incorporando a todos los actores involucrados en el proceso de desarrollo de *la sociedad de la información* en cada país y en la región. Y para que haya una estrecha colaboración entre los organismos y los programas públicos, el sector privado, la sociedad civil y las instituciones académicas, la CEPAL propone como indispensable que a la cabeza se ubique un órgano coordinador con capacidades decisorias de rango ministerial.

Pero así como en la base material de la inserción en la sociedad de la información se hallan unas *infraestructuras técnicas*, para apropiarse de los beneficios procurados por las TIC nuestros países van a requerir dotarse de una nueva *base cultural* que posibilite el acceso real de las mayorías a los diversos usos de las TIC y a su producción creativa. Proporcionar a nuestras sociedades latinoamericanas en su conjunto esa *base cultural* va a requerir de un proyecto tan exigente, y de tanto o mayor empeño, que la dotación de infraestructuras materiales. Hemos denominado a ese proyecto *alfabetización virtual* (Martín-Barbero, 2003), y la entendemos conformada por el conjunto de *destrezas mentales, hábitos operacionales y talante interactivo*, sin el cual la presencia de las tecnologías entre la mayoría de la población será desaprovechada, o pervertida por el usufructo que de ella hace una minoría en su particular beneficio. Así como en otro momento de su historia toda Latinoamérica se dio como proyecto social básico la alfabetización de adultos, así ahora nuestras sociedades se hallan necesitadas de un nuevo proyecto de *alfabetización virtual*, no de un grupo social particular sino del conjunto de la población, desde los niños a los ancianos, desde las comunidades urbanas a las rurales y aun las indígenas, los trabajadores y los desempleados, los desplazados y los discapacitados.

Se trata de una alfabetización cuya principal peculiaridad reside en ser *interactiva*, esto es, en la que el aprendizaje se realiza mediante *el proceso mismo de uso de la tecnología*. Un uso que puede y, en ciertos casos, debe ser *orientado*, pero que en ninguna circunstancia puede ser suplido por meros conocimientos convencionales. Hay sin duda una *convergencia* a establecer entre alfabetización letrada y *alfabetización virtual*, de manera que aquella sea integrada a ésta como factor dinamizador de los procesos, pero a sabiendas de que *la cultura virtual* reordena las mediaciones simbólicas sobre las que pivota la cultura letrada al replantear no pocas de las demarcaciones espacio-temporales que ésta supone. *Navegar* es también leer, pero no de izquierda a derecha ni de arriba abajo, ni siguiendo la secuencia de las páginas, sino *atravesando* textos, imágenes, sonidos, conectados entre sí por muy diversos modos de articulación y simulación. Modos esos de *articulación virtual* cuyas habilidades hacen parte indispensable de los saberes que requiere cada día con mayor frecuencia el mundo laboral y cultural, o mejor, el mundo de los ciudadanos hoy.

4. Diversidad y cooperación

Una rápida revisión histórica nos permite focalizar a lo largo del siglo XX cuatro momentos y modos de cooperación internacional en el ámbito de la cultura. En su primera etapa, la de institucionalidad moderna -de los años 30 a la posguerra-, la cooperación adoptó la forma de la *diplomacia cultural*, un modelo que, originado en Europa y rápidamente expandido al resto del mundo occidental, estuvo conformado por tres claves: proyección de los nacionalismos; contenidos predominantemente cultos y patrimoniales, con fuerte espíritu jerárquico; y escasa transparencia en la toma de decisiones. En los años 60, la bonanza económica y el "Estado benefactor" o "de bienestar" pusie-



4 Véase al respecto: UNESCO, Informe mundial sobre la cultura. Cultura, creatividad y mercados, Anento, Madrid, 1999 y Diversité culturelle. Patrimoine commun, identités plurielles, París, 2002; Consejo de Europa, Sueños e identidades. Una aportación al debate sobre cultura y desarrollo en Europa, Interarts/Península, Barcelona, 1999 e Interarts, fondos y formas. Recursos internacionales para proyectos culturales y artísticos, Península, Barcelona, 1999; Klinsberg, B. y Tomassini, L. (comps.), Capital social y cultura: claves estratégicas para el desarrollo, BID/FCE, Buenos Aires, 2000; Convenio Andrés Bello, América Latina, un espacio cultural en un mundo globalizado, Bogotá, 1999 y El espacio cultural latinoamericano. Bases para una política cultural de integración, FCE, Santiago de Chile, 2003.

ron en marcha un segundo modelo, menos nacionalista y jerarquizado, menos elitista también, pero con mayor carga de instrumentalización política de lo cultural: en plena Guerra Fría, la cultura se convirtió en un escenario estratégico de la batalla ideológica en el plano internacional.

El tercer modelo introdujo cambios radicales: la crisis económica, derivada en parte del aumento en los precios del petróleo a mediados de los 70, desvertebró la sociedad del bienestar. Esto, sumado al crecimiento del desempleo, promovió una especie de *pragmatismo sistémico* que, en su convergencia con el fuerte movimiento de *profesionalización* del sector cultural, reenfocó la cooperación hacia los *métodos de planeación y evaluación*, dedicados al cómo más que al qué, hacia las dimensiones económicas de lo cultural, hacia el marketing y la concertación con las industrias culturales, o la *esponsorización* de lo público y lo privado. En los años 90 apareció un cuarto modelo: atravesados por el estallido sangriento de las guerras identitarias étnico-religiosas en la antigua Unión Soviética, en África y en los Balcanes, y por una *des-integración* de las sociedades nacionales - resultado del cruce entre las fuerzas desnacionalizadoras y desreguladoras de la globalización neoliberal con la recobrada vigencia de los movimientos locales, regionales, étnicos y de género-, asistimos a una cooperación que se tornó prioritariamente impulsora, e instrumentadora, del *recurso cultural*, ya sea para proyectos de cohesión social (mezclada con propósitos de relegitimización del Estado) o para el desarrollo (ya menos pero aún desarrollista) de las comunidades.

La cooperación cultural presenta hoy una mezcla de rasgos y figuras heredadas de esos diferentes modelos pero no se limita a actualizar el pasado. A partir de los debates alentados en los últimos años por la UNESCO, el Consejo de Europa, la OEI y el Convenio Andrés Bello, en sus diversos seminarios y documentos⁴, nos encontramos ante

un nuevo mapa de la cooperación trazado sobre dos ejes: el de una renovada concepción de la *diversidad* y el de una apuesta por la *comunicación* en su más compleja y dinámica acepción, tanto en lo filosófico como en lo tecnológico.

La *diversidad* ha dejado de significar la mera afirmación de la *pluralidad* -banalizada hasta su perversión en el eclecticismo del "todo vale", o en la posmoderna identificación de la diferencia con la fragmentación- para pasar a hablar de la *alteridad*, y ello en tres modos: primero, la alteridad en cuanto abierto desafío de las culturas subalternas, o sea de la *otredad* a las culturas hegemónicas - Oriente a Occidente, el Islam al Cristianismo, las locales a las nacionales-; segundo, la alteridad evidencia que no puede haber relación honda entre culturas sin que en su dinámica se produzcan conflictos; y, tercero, la alteridad obligándonos a asumir la imposibilidad de *reconocer* la diferencia cultural por fuera de su profunda conexión con la desigualdad social y la discriminación política, esto es, poniendo en primer plano la indispensable aleación entre derechos culturales y sociales. En pocas palabras, la diversidad cultural nos enfrenta a pensar e intervenir en las distintas formas de asimetría y de dominación que perduran y se renuevan en las contemporáneas formas de neutralización, funcionalización y destrucción de lo que desde la *alteridad* nos mueve el piso desestabilizando nuestras acostumbradas políticas culturales.

De lo anterior se deriva la imposibilidad de seguir considerando la cooperación cultural como un asunto de "relaciones públicas" entre Estados a través de sus diferentes instituciones, y la necesidad ineludible de asumir que lo que ahí está en juego no son los "marcos culturales de la diplomacia" sino las *dimensiones políticas de toda relación entre culturas*; la explícita lucha tanto contra la instrumentalización de la cultura "en cuanto recurso" económico o político (Judice, 2002; VV.AA., 2002), como contra el exotismo paterna-



lista que impregna aún buena parte de la cooperación Norte-Sur, y que convierte a nuestras culturas en sujetos pasivos, percibidos aún desde su identificación con *lo exótico* en la imagen de lo precolombino o lo rural, o con comunidades *atrasadas* bajo la imagen de la pedigüeña mano tendida, y no en cuanto estratégicos actores de la contemporaneidad cultural, e interlocutores de tú a tú con cualquier otra cultura del planeta.

Aquí no cabe el antiguamente virtuoso término medio: o la cooperación internacional sirve para alentar la autogestión creativa, y la capacidad de interlocución de nuestras muy diversas culturas nacionales, regionales y locales, entre sí y con las del resto del mundo, o estamos ante una relación que lo que de veras hace es mantener apartados a nuestros pueblos poniéndolos “en conserva”, o sea, convirtiéndolos en *reserva* ecológica con la que oxigenar las contaminadas ciudades del Norte, o en *reserva* de mitos y tejidos, de sonidos e imágenes de un remoto e intocable pasado al que esas sociedades puedan o bien visitar -en esta exaltada hora de la mundialización- para alimentar su nostalgia por *lo original*, o bien expropiar limpia, *científicamente*, de sus saberes medicinales o sus diseños textiles. No nos engañemos, mirados desde el actual contexto geopolítico, los cambios de modelo en la cooperación son a la postre el paso de la pseudoneutralidad con que la *diplomacia* ocultaba los verdaderos intereses coloniales que la guiaban, a una *política cultural* con la que se conjura la mala conciencia de las naciones ricas, al tiempo que se utiliza la cultura para esquivar impuestos o hacer internacionalmente más rentables las inversiones financieras. Y ello, no por maldad de las naciones del Norte sino, por las lógicas que mueven a los bloques económicos que se reparten el mundo, a lo que se suma *nuestra tenaz complicidad*, activa de parte de nuestros Estados y pasiva de parte de nuestras sociedades.

Pero la diversidad no opera hoy sólo como clave de desenmascaramiento de lo que aún queda de colonialismo e interesado exotismo en la cooperación sino que se hace también actuante a otro nivel: el de la multiplicada diversificación de los *actores culturales*. Desde las diversas figuras de lo público -hoy no actúa de igual modo, ni con el mismo enfoque, la institucionalidad nacional del Estado, por ejemplo, los ministerios, que las instituciones municipales; lo regional que lo local y barrial-; pasando por el tampoco homogéneo ámbito de lo privado -que se despliega en actores tan distintos como las grandes industrias culturales que compiten en el plano global frente a las pequeñas, o medianas en algunos casos, que con frecuencia buscan la parcería de las instituciones públicas-; a lo que se suma, además, la inmensa gama de asociaciones independientes de artistas y otros trabajadores culturales, y toda la diversidad de organizaciones sociales y grupalidades comunitarias.

La *multipolaridad de sus actores*⁵ ha hecho estallar el antes estatizado y centralizado ámbito de lo cultural, y ello se hace especialmente notorio en la *cooperación desde abajo* que alientan las mil iniciativas provenientes del cada día más plural mundo de los ciudadanos. Estamos ante la aparición de nuevas formas de ciudadanía que señalan la creciente presencia de estrategias tanto *de exclusión* como *de emponderamiento* ejercidas en y desde el ámbito de la cultura. Estas *ciudadanías culturales* no sólo inscriben las “políticas de identidad” dentro de la política de emancipación humana, sino que replantean a fondo el sentido mismo de la política poniendo en evidencia hasta qué punto las instituciones liberal-democráticas se han quedado estrechas para acoger las múltiples figuras de la diversidad cultural que tensionan y desgarran a nuestras sociedades justamente porque no caben en esa institucionalidad. Desgarradura que sólo puede ser suturada con una política de

5 Véase al respecto: Weber, R., “Los nuevos desafíos de la cooperación cultural europea” y Nivón, E., “La cooperación cultural como proceso de la globalización: una visión desde América Latina”, en *Pensar Iberoamérica* N° 2, OEI, Madrid, 2002-2003.



extensión de los derechos y valores a todos los sectores de la población que han vivido por fuera de la aplicación de esos derechos, sean mujeres o minorías étnicas, evangélicos u homosexuales.

Frente a la ciudadanía de “los modernos”, que se pensaba y se ejercía *por encima de las identidades* de género, etnia, raza o edad, la democracia está necesitada hoy de unas ciudadanía que se hagan cargo de las identidades y las diferencias, abandonando la ilusoria búsqueda de la reabsorción de la diversidad en un todo unificado, sea éste la nación, el partido o la religión. *La diversidad se incorpora realmente a la cooperación cultural* sólo en la medida en que ésta hace posible el desplazamiento del protagonismo estatal al de los ciudadanos y sus comunidades territoriales desde el ámbito más local al más general, posibilitando que sea de ahí de donde partan las iniciativas y se lleven las riendas de la cooperación tanto en lo nacional como en lo internacional.

Que no se nos malentienda: no se trata de sustituir al Estado sino de *reinstaurarlo o reinstitucionalizarlo* *ciudadanamente* en términos de respeto a la iniciativa de las comunidades y de estímulo a sus oficios fiscalizadores.

5. Comunicación e interculturalidad

El segundo eje sobre el que pivota el nuevo mapa es el de *la comunicación y la información*. Los tradicionales actores de la cooperación han tardado demasiado tiempo en enterarse que *la comunicación es dimensión constitutiva de la vida cultural*, pues una cultura está viva sólo mientras es capaz de comunicar, intercambiar e interactuar con otras culturas⁶. Por eso choca, y de manera bien fuerte, con lo que ha sido la clave tanto de la concepción de cultura hasta no hace mucho, como de la formación; una educación que nos ha enseñado a afirmar y reconocer lo propio sólo a costa de negar y desvalorizar al otro y lo otro. Y

en segundo lugar, la relación constitutiva entre cultura y comunicación se acentúa hoy cuando algunas de las transformaciones culturales más decisivas que estamos viviendo provienen de las mutaciones que atraviesa el entramado tecnológico de la comunicación; mutaciones que, al afectar la percepción que las comunidades culturales tienen de sí mismas, de sus modos de construir las identidades, adquieren envergadura y temporalidad antropológicas.

La actual reconfiguración de nuestras culturas indígenas, locales, nacionales, responde especialmente a *la intensificación de la comunicación e interacción de esas comunidades con las otras culturas del país y del mundo*.

Desde dentro de las comunidades los actuales procesos de comunicación son percibidos a la vez como otra forma de amenaza a la supervivencia de sus culturas -la larga y densa experiencia de las trampas a través de las cuales han sido dominadas carga de recelo cualquier exposición al otro-, pero al mismo tiempo *la comunicación es vivida por las comunidades rurales o urbanas como la posibilidad de romper la exclusión*, como experiencia de interacción que si comporta riesgos también abre nuevas figuras de futuro.

Lo que está conduciendo a que la dinámica de las propias comunidades tradicionales desborde los marcos de comprensión elaborados por los folcloristas y no pocos antropólogos: hay en esas comunidades menos complacencia nostálgica con las tradiciones y una mayor conciencia de la indispensable reelaboración simbólica que exige la construcción de su propio futuro.

En un segundo plano, el eje de la comunicación introduce en las políticas y las actividades de cooperación una profunda renovación del modelo de comunicabilidad que, del unidireccional, lineal y autoritario paradigma de la *transmisión de información* ha pasado al de la *red*, esto es, al de la *interacción* y la *conectividad*, transformando la



6 Al respecto: Curran, J.; Moerley, D. y Walkerdine, V. (comps.), Estudios culturales y comunicación, Paidós, Barcelona, 1998; Meyrowitz, J., No sense of place, OUP, New York, 1985; Bhabha, H. K., The location of culture, Routledge, London, 1994; Clifford, F., Dilemas de la cultura, Gedisa, Barcelona, 2001.

mecánica forma de la conexión a distancia por la electrónica del *interfaz de proximidad*. Nuevo paradigma que se traduce en una política que privilegia la interactividad, la sinergia entre muchos pequeños proyectos, por sobre la complicada estructura de los grandes y pesados aparatos, tanto en la tecnología como en la gestión. Y es precisamente a la luz de esta nueva perspectiva conceptual y metodológica de la comunicación que adquiere su verdadera envergadura la redefinición de la cooperación como *práctica de la interculturalidad*, es decir, de una relación entre culturas ya no unidireccional y paternalista sino interactiva y recíproca, pues en lugar de buscar influir sobre las otras, cada cultura acepta que la cooperación es una acción transformadora tanto de la cultura que la solicita como de la que responde, y de todas las otras que serán involucradas por el proceso de colaboración.

Así es como funciona la más nueva y, quizá, la más fecunda de las figuras de cooperación hoy: la de las *redes culturales*⁷, animadas cotidianamente por artistas y por gestores, por formadores y por instituciones municipales y comunidades barriales.

Con la enorme ganancia que entraña el hecho de que una de las tareas asumidas por muchos de los nuevos actores es la de veedores ciudadanos, empeñados en la fiscalización de los proyectos y las decisiones de las que parten, de los dineros y de los tipos de intercambio promovidos por la cooperación internacional.

Las *redes culturales* se están convirtiendo en el nuevo *espacio público de intermediación* entre actores diversos de un mismo país, entre actores del mismo ámbito -políticas, gestión, formación- en diversos países, o bien movilizando transversalidades y transdiscipliniedades que enriquecen desde el campo político el trabajo académico, y desde el de la creación artística al campo político. Estamos ante la posibilidad histórica, no sólo tec-

nológica sino ciudadana, de renovar radicalmente el entramado político de la cooperación cultural tejiendo redes que enlacen cada día más el mundo de los artistas y trabajadores culturales con el de instituciones territoriales y organizaciones sociales.

Y lo vamos a necesitar pues sólo densificando y potenciando al máximo el tejido de los actores sociales e institucionales de nuestras culturas, y creando a lo largo del mundo alianzas lo más anchas posibles, podremos hacer frente a la ofensiva de desmovilización política e instrumentalización cultural que la globalización del miedo y las nuevas industrias de la seguridad han emprendido ya.

Bibliografía

- APPADURAI, A. *La modernidad desbordada. Dimensiones culturales de la globalización*, Trilce/FCE, Buenos Aires, 2001.
- BAYARDO, R. y LACARRIEU, M. (comps.). *Globalización e identidad cultural*, Ciccus, Buenos Aires, 1997.
- CASTELLS, M. *La galaxia Internet. Reflexiones sobre Internet, empresa y sociedad*, Areté, Madrid, 2001.
- DELGADO, E. "Cultura, territorio y globalización", en Martín-Barbero, J. y López, F. (coords.). *Cultura y región*, CES-Universidad Nacional, Bogotá, 2000.
- GARCÍA CANCLINI, N. (coord.). *Iberoamérica 2002*, OEI/Santillana, México, 2002.
- _____ *Latinoamericanos buscando lugar en este siglo*, Paidós, Buenos Aires, 2002.
- JUDICE, G. *El recurso de la cultura. Usos de la cultura en la era global*, Gedisa, Barcelona, 2002.
- MARTÍN-BARBERO, J. *Cultura y nuevas mediaciones tecnológicas*, CAB, Bogotá, 2003.
- MATO, D. (coord.). *Estudios latinoamericanos sobre cultura y transformaciones sociales en tiem-*

7 Véase al respecto: Finquelevich, S. (coord.), *¡Ciudadanos a la red! Los vínculos sociales en el ciberespacio*, Ciccus/La Crujía, Buenos Aires, 2000; Molina, J.L., *El análisis de redes sociales: una introducción*, Bellaterra, Barcelona, 2001 y VV.AA., *Redes, gestión y ciudadanía*, OCLAC-ABYAYALA, Quito, 2002.

pos de globalización, vol. I. y II, CLACSO, Buenos Aires, 2001.

_____ *Políticas de identidades y diferencias sociales en tiempos de globalización*, FACE-S/UCV, Caracas, 2003.

-RUIZ DUEÑAS, J. *Cultura, para qué. Un examen comparado*, Océano, México, 2000.

-VV.AA. "¿Murió el capitalismo global?", en *Newsweek*, 9 septiembre de 1998.

_____ *La cultura es capital*, Fin de siglo, Montevideo, 2002.

